

## 4. EL SERMÓN DEL MONTE

Jesús nunca predicó el Sermón del monte. Aunque algunos de los contenidos de esta conocida sección del evangelio de Mateo pueden ser palabras de Jesús, nunca en su vida Jesús subió a una montaña y pronunció de corrido todo lo que encontramos en Mateo, en los capítulos 5, 6 y 7. ¿Cómo lo sabemos? Porque hemos aprendido a leer los evangelios en general, y el de Mateo en particular, con ojos judíos. Hemos aprendido a ver el trasfondo judío de los evangelios y a discernir los contenidos tomados de las Escrituras hebreas con los que se envolvió la historia de Jesús de Nazaret. Hemos aprendido a reconocer las tradiciones litúrgicas hebreas, que ayudaron a crear la forma y muchos de los contenidos de los evangelios. Hemos escapado de lo que he llamado la "cautividad gentil" del Cristianismo que, a lo largo de los siglos, ha implicado que teníamos que leer literalmente la Biblia como si fuese un documento histórico exacto porque, si no, éramos infieles a las fuentes de nuestra fe. La Biblia –argumentaba esta mentalidad gentil– es literalmente verdadera o no es verdadera en absoluto, y, por tanto, no tiene un valor duradero. Esta actitud estaba destinada a crear un fundamentalismo bíblico que hoy tiene diversas manifestaciones, tanto protestantes como católicas, y que ha sido –creo– la causa última de la decadencia del Cristianismo. En mi opinión, esta acusación se ajusta a la realidad aunque los fundamentalistas consideren que lo que hacen es resistir al ataque corrosivo de la modernidad; ataque que –según creen– desgasta inevitablemente y terminará por destruir la verdad fundamental de la “Palabra de Dios”. La Biblia, sin embargo, no es historia en sentido literal; no es un informe elaborado por unos testigos presenciales. Es un libro judío, escrito por autores judíos, que cuentan una historia profundamente judía sobre un Dios imposible de apresar en conceptos y que actúa en una vida humana muy especial. Si recuperamos el carácter judío de la Biblia, evitaremos el fundamentalismo actual –tan nocivo– así como la reacción que éste provoca y que se manifiesta en forma de un humanismo secular no creyente. Pues bien, este carácter de la Biblia, en ningún sitio se muestra tan claramente como en el “Sermón del monte”.

En primer lugar, algunos hechos. El “Sermón del monte” ocupa tres capítulos en el evangelio de Mateo pero no aparece como tal Sermón en ningún otro sitio de la Biblia. ¿Significa esto que los otros evangelistas ignoraron este momento de la vida de Jesús, tan intenso e importante según Mateo? ¿O acaso significa que Mateo fue el autor y el inventor del “Sermón del monte”, y que solo él puso en labios de Jesús aquellas palabras y una forma de hablar peculiar porque todo ello formaba parte del retrato del “nuevo Moisés” que Mateo iba elaborando tan cuidadosamente? Está muy claro, tal como he tratado de mostrar hasta ahora, que Moisés es la figura a partir de la cual desarrolló Mateo su retrato de Jesús. Los estudios bíblicos contemporáneos evidencian que Mateo es el creador del “Sermón del monte”. Los datos que apoyan esta conclusión son fáciles de hallar. Para dar contenido a este punto de vista y a esta conclusión, fijémonos primero en la práctica litúrgica judía de la sinagoga.

En el quincuagésimo día después de la Pascua, los judíos celebraban una liturgia solemne que recibía diversos nombres. Se la llamó “Pentecostés”, que significaba “cincuenta días”; pero tam-

bién se la llamó “Fiesta de las Semanas” porque el quincuagésimo día era el primer día después de siete semanas completas; y también se la llamó “Shavuot” porque marcaba un momento sagrado de la historia judía: aquel en el que se creía que Dios había dado la Ley, es decir, la Tora, a Moisés en el monte Sinaí. El Shavuot se celebraba con una vigilia de veinticuatro horas.

Hoy sabemos que Dios no dictó la Tora a Moisés y que no fue así como se creó y se recibió la Tora. De hecho, sabemos que Moisés no escribió ni una sola palabra de la Tora. El Moisés histórico murió unos trescientos años antes de que alguna mano empuñase una pluma para escribir, en un pergamino, la primera palabra de la Ley judía. Sabemos que la redacción de la Tora fue un proceso que duró cerca de quinientos años, y que se formó a partir de una serie de fuentes que se han aislado y estudiado a lo largo de los dos últimos siglos, en los principales centros de investigación bíblica de occidente. También sabemos hoy que la Tora es objeto de gran veneración en los lugares judíos de culto y que, bastante antes de la época de Jesús, se leía completa en la sinagoga, a lo largo de los sábados de un año. Sabemos también que, cuando el pueblo judío volvió del exilio de Babilonia, en el siglo V aEC., y bajo el liderazgo de Esdras, el sacerdote, y de Nehemías, el gobernante, ambos convinieron en mantener la Tora, en honrarla y en proclamar a Moisés como el padre mítico de sus múltiples textos. Esta devoción se incorporó al calendario litúrgico anual en la festividad llamada “Shavuot”, que se celebraba en el mes de Siván, es decir, a finales de mayo o a primeros de junio, según nuestro calendario. Shavuot era el momento de dar gracias por la Ley que, según pensaban, era el mayor don que Dios había hecho al mundo. En la fiesta, los guías del culto judío llamaban al pueblo a una vigilia de veinticuatro horas en la que se conmemoraba el momento del Sinaí, cuando –según creían– Dios entregó la Ley a Moisés. Esta vigilia de veinticuatro horas estaba dividida en ocho periodos de tres horas cada uno. Y para esta ocasión se compuso el Salmo 119, que es el más largo del salterio pues tenía que proporcionar lecturas para cada uno de los ocho tramos de la vigilia. El salmo se componía de 176 versos, distribuidos en 22 secciones, cada una de las cuales se designaba según las 22 letras del alfabeto judío, desde Aleph hasta Tav. El contenido de este salmo es un himno de alabanza constante a la belleza y a la maravilla de la Ley. Incluye frases como “De mis labios sale tu alabanza cuando me enseñas tus preceptos” (es decir, “tu Ley”); “Gran paz tienen aquellos que aman tu Ley; ellos no tropiezan con nada”. “Felices los que cumplen los decretos de Dios... aquellos que caminan en la Ley del Señor”. Así pues, una vez al año, el pueblo se reunía en la fiesta de Shavuot, en una asamblea solemne, para dar gracias a Dios por la ley y para proclamar su renovada fidelidad a ella. El Salmo 119, el Salmo de Shavuot, comienza con una estrofa introductoria, de ocho versos. En los dos primeros versos, la primera palabra es “bendito” o “bienaventurado”, aunque a veces encontramos también la traducción “feliz”.

Resulta bastante obvio que el autor del evangelio de Mateo utilizó el Salmo 119 como modelo para componer el “Sermón del monte”. En la estrofa introductoria, Mateo hizo que cada uno de sus ocho versos comenzase con la palabra “Bienaventurados” y hoy llamamos, a esos ocho versos, “las Bienaventuranzas”. Sin duda se basan en el Salmo 119, 1-8. Después, Mateo confeccionó todo el sermón de forma que estuviese dividido en ocho secciones, a fin de proporcionar lecturas, con palabras de Jesús, para cada una de las ocho secciones de la vigilia de Shavuot. Así es como surgió el “Sermón del monte”. El resto de este “Sermón” incluye un comentario a las

ocho bienaventuranzas pero en orden inverso: el primer comentario se refiere a la octava bienaventuranza y el último a la primera.

Lo segundo que hay que señalar es que este “Sermón” constituye un diálogo entre Moisés y Jesús aunque el nombre de Moisés nunca se mencione. Mateo no pretendía despreciar el pasado y darlo por superado por completo; su actitud no era de desdén hacia Moisés; sin embargo, el Sermón estaba pensado para presentar a Jesús como el intérprete definitivo y verdadero de Moisés. Jesús dirá, en este evangelio, que ni una “yod” ni una tilde de la ley deben cambiarse (\*) pero, sin embargo, toda la ley debía de interiorizarla. Con esto, Mateo venía a decir que la Tora estaba hecha para regir no solo los actos sino también los pensamientos y las motivaciones que anteceden a los actos. En manos de Mateo, la Ley se convertía en algo más que unas normas externas; su objetivo era regir las motivaciones interiores. Esta intención se expresó mediante un estribillo recurrente: *Habéis oído que se dijo a los antiguos: “No matarás”* (este era el sexto mandamiento de Moisés), *pero yo os digo* (Jesús): “el asesinato empieza con el odio que hay en el corazón del hombre”. No es suficiente abstenerse del acto de matar; la ley también exige que uno mire hacia la ira y la hostilidad que se manifiestan luego en la violencia. Después, el estribillo se repite en el séptimo mandamiento, que prohíbe el adulterio. Según la interpretación que hace Jesús de Moisés, éste diría que el adulterio comienza ya en la lujuria y en la falta de claridad y de respeto hacia el otro. No basta con abstenerse del acto del adulterio; para cumplir la Ley, uno debe ocuparse de la lujuria y del sentimiento insatisfacción que se manifiestan en el adulterio.

Con estos tres capítulos, el autor del evangelio de Mateo estaba proponiendo un crescendo en su proceso de interpretación de Jesús como el “nuevo Moisés”. Había empezado este proceso con un relato evocador de Moisés: el nacimiento de Jesús. Después, vinculó el bautismo de Jesús con la historia de Moisés y del Mar Rojo. A continuación, contó que Jesús había pasado un tiempo en el desierto igual que Moisés (cuarenta días Jesús, cuarenta años Moisés). Rodeó además el contenido de las tentaciones de Jesús con alusiones a los momentos críticos de Moisés en el desierto. Y ahora, en este punto álgido que llamamos “el Sermón del monte”, presenta a Jesús como un “nuevo Moisés” que, en una nueva montaña, nos ofrece una nueva interpretación de la Ley de Dios. De manera que el “Sermón del monte” se pensó para ocupar el lugar del Salmo 119 en la versión cristiana de la festividad judía de Shavuot.

Mateo no escribió una biografía ni tampoco fue un historiador. Cuando escribió su evangelio, el movimiento cristiano era aún un movimiento integrado en la Sinagoga; aún no era un movimiento independiente. Mateo tomó la experiencia transformadora de la vida que había en Jesús de Nazaret y la interpretó en el marco de los símbolos y prácticas litúrgicas de su sistema de creencias, que no podía ser sino el judío. Sus lectores judíos entendieron esta forma de escribir y la disfrutaron. Los cristianos gentiles, desconocedores de estas tradiciones judías y de los contenidos de la Escritura con los que Mateo estaba tan familiarizado, no pudieron entender lo que hizo Mateo. Los gentiles lo entendieron mal; interpretaron estas narraciones de forma literal. Fue entonces cuando nació el fundamentalismo bíblico. Pero ahora ya es hora de revertir el proceso. Es esto lo que pretende hacer esta serie sobre el evangelio de Mateo.

– John Shelby Spong

[ © www. ProgressiveChristianity.com ]

(\*) *N. del T.* Son los dos signos más pequeños del alfabeto hebreo.